

La batalla del Caya

Eça de Queirós



Nota introductoria y traducción de Mariano Martín Rodríguez

© Mariano Martín Rodríguez, por la introducción y la traducción, 2020

El primer género moderno de ficción de anticipación con un éxito masivo fue el consistente en la narración de hipotéticas guerras libradas en un futuro próximo, unas guerras en que se utilizarían las armas más modernas y los distintos Estados-nación e imperios contemporáneos se enfrentarían para imponer su voluntad y redibujar las fronteras. Tras el entusiasta recibimiento popular y crítico que merecieron las memorias de un soldado participante en la futura derrota del ejército inglés ante el invasor alemán en *The Battle of Dorking* [*La batalla de Dorking*] (1871), de George Tomkyns Chesney (1830-1895), se publicó un enorme número de relaciones de enfrentamientos bélicos prospectivos, por tierra, mar y aire, y con distintos contendientes y desenlaces, unas veces felices para las armas del propio país para elevar la confianza y el sentimiento nacionales, y otras infelices para advertir de lo que podía pasar si no se tomaban medidas que subsanaran las carencias percibidas del país y de sus armas. Aunque no falten novelas del tema, estas relaciones solían escribirse con el tono sobrio y objetivo de informes historiográficos heterodiegéticos (como manuales de historia) u homodiegéticos (como memorias), seguramente para conferirles una mayor seriedad derivada de su carácter de supuestos documentos reales que habría que tomar en serio.

De estos dos grandes procedimientos narrativos, sería el *fictomemorstico* consagrado por Chesney el seguido por uno de los escasos escritores canónicos que cultivaron la literatura de invasión o guerras futuras, José María Eça de Queirós (1845-1900), cuyo cuento «A catástrofe» [*La catástrofe*], publicado póstumo en 1925, adopta el discurso novelístico

para expresar con sobria emoción el punto de vista de un habitante de Lisboa humillado por los invasores de origen desconocido que han ocupado militarmente la ciudad. Esta narración derivaba de un proyecto narrativo mucho más amplio esbozado por el autor, pero del que solo han quedado ese cuento y el propio proyecto en forma de esquema y resumen de la novela futura no escrita. El manuscrito de este proyecto está prácticamente acabado (salvo algunas tachaduras y soluciones dobles), de manera que se puede leer como un buen ejemplo de *fictoargumento* o compendio de una obra narrativa inexistente por haberse perdido, por no haberse escrito finalmente o por haberse concebido de forma deliberada como un experimento literario de microficción fractal. De hecho, el manuscrito de Eça de Queirós, que se ha publicado junto con un buen número de sus fragmentos y proyectos de obras, luego escritas o no, ofrece todas las informaciones necesarias para hacerse una idea no solo del tenor de la potencial narración extensa, sino también de un universo imaginario completo, desde su principio hasta su final. El título, «A batalha do Caia» [*La batalla del Caya*]¹, anuncia el género de ficción de que se trata, tal como confirma en seguida un párrafo introductorio escrito como el arranque de las memorias de un viejo testigo de los hechos disconforme con la historiografía

¹ La traducción que sigue se basa en la edición crítica de «A batalha de Caia» publicada por Carlos Reis y Maria do Rosário Milheiro en *A construção da narrativa queirosiana: O espólio de Eça de Queirós*, Lisboa, Imprensa Nacional-Casa da Moeda, 1989, pp. 207-208. En caso de existir soluciones dobles en el manuscrito, la traducción ha optado por aquellas que facilitan la lectura. Agradezco a Rubén Molina Martínez y Ricardo Muñoz Nafría su atenta revisión.

La batalla del Caya

oficial. Esta secuencia también ofrece las pistas necesarias para fechar el proyecto queirosiano, que debió de estar listo después de la coronación en 1875 de Alfonso XII como rey de España, el país invasor, y antes de 1881, el año de la invasión contada, por lo que su escritura prospectiva es forzosamente anterior a esa fecha.

Pese a esta primera secuencia memorística, el resto adopta se presenta en tercera persona, primero con una segunda secuencia que resume esquemáticamente los antecedentes geopolíticos que facilitaron la invasión de Portugal, seguida de una tercera en que la invasión se narra sintética, pero detalladamente. Tras la batalla librada en las orillas del Caya, el río fronterizo entre España y Portugal a la altura de Badajoz y Elvas, la falta de aliados externos y la propia debilidad interna causada por la corrupción política y la educación deficiente del pueblo obligan a los gobernantes portugueses, tanto a la monarquía reinante como a la junta republicana que la sucede, a recurrir a medios desesperados para defender Portugal, sin éxito debido a la escasa preparación militar y económica de la nación. No nos encontramos, pues, ante una ficción bélica nacionalista agresiva que glorifique las victorias propias con tácito desprecio de las ajenas. Al contrario, el blanco de Eça de Queirós son las carencias de su patria, que serían las verdaderas responsables de la catástrofe. Así consiguió anticipar el estado de ánimo que deprimiría a los intelectuales

portugueses a raíz del ultimátum británico de 1890, que cortó en seco la expansión del país en el África meridional y demostró su categoría subalterna frente a su tradicional aliado (o más bien *protector*) inglés. En cambio, no hubo nunca una invasión española, aunque fuera durante muchos años de donde se temieran los ataques. Estuviera fundado o no este temor, Eça de Queirós parece hacerse cierto eco en «A batalha do Caia» de un recelo ante el mayor país vecino que estimuló grandemente el nacionalismo portugués como reacción al unionismo iberista. Por lo demás, la imaginada invasión española ni siquiera da lugar a esa unión, sino a una mera disminución del territorio portugués, más acorde con los usos imperialistas coetáneos que con los ideales de progresiva unificación de los territorios culturalmente afines como etapa hacia una soñada federación de Europa. La literatura de guerras futuras es un producto típico de la era imperialista de este continente, y el texto de Queirós refleja perfectamente aquella coyuntura, con la ventaja de que su misma brevedad intensifica el vigor de la narración y de su mensaje, como más adelante ocurriría con otro gran *fictoargumento* (deliberado esta vez) de anticipación bélica, «Le Napoléon jaune» [*El Napoleón amarillo*] (1900), de Jules Claretie (1840-1913). Pero ambos eran escritores en primer lugar y no propagandistas de la milicia, y lo que perdía la prospectiva militar lo ganaba con creces la literatura.

Eça de Queirós

La batalla del Caya

Puede parecer extraño que yo también quiera escribir mis recuerdos del año trágico de 1881; yo, pobre viejo que no tengo autoridad para criticar la política de entonces, ni ciencia para estudiar la campaña desde el punto de vista militar, ni aptitudes literarias para dar relieve con mi pluma a los detalles, al lado dramático de esa época emocionante. Pero, al releer lo que se ha publicado sobre la guerra de 1881, veo en los mejores libros (la *Historia de la invasión*, del Dr. G. Caneiro; el *Fin de un reino*, de Marco Brião) tan singulares carencias, un recelo oficial...

Los orígenes de la conflagración europea: el Tratado secreto entre Francia, Alemania y Rusia para redibujar el mapa de Europa. Francia recupera las provincias perdidas, además de Bélgica; Alemania se anexiona los Países Bajos y Dinamarca; Rusia llega a Constantinopla; se contenta a Italia con Túnez, y a Austria, con Serbia. Ante este tremendo reparto de los Estados pequeños, Inglaterra declara la guerra. Es en este momento cuando el Gobierno de Alfonso XII, para fortalecerse en vista de la coalición de constitucionalistas y republicanos, invade Portugal.

La invasión se realiza por dos puntos, y se pierde una primera batalla junto al Caya. No es posible recibir asistencia alguna de las potencias extranjeras. El país ha de confiar en sus propios recursos.

Sin embargo, ante la invasión, es decir, bajo el infortunio, queda patente que Portugal había perdido todas las condiciones propias de una nacionalidad. El sistema educativo y la corrupción política habían producido dos circunstancias terribles, a saber: por una parte, una gran debilidad física y la incapacidad de aguantar las fatigas de una campaña; por

otra, una falta absoluta de patriotismo. Como consecuencia, son pocos los voluntarios que se alistan tras el llamamiento hecho por el Gobierno, y los que se presentan ya llevan escrita, en su débil aspecto, la derrota. Las clases burguesas demuestran un egoísmo, un terror, que es la mejor condena del constitucionalismo; la aristocracia, por su parte, huye. Los voluntarios que se alcanza reunir no tienen ni armas ni municiones, ni intendencia ni oficiales. El ejército de línea sufre la mayor indisciplina; en cuanto al servicio de transporte, ambulancias, comunicaciones telegráficas e intendencia, nada de eso existe; los voluntarios y los regulares son dos moles desorganizadas. La derrota del Caya es tremenda. El Estado Mayor da pruebas de una ignorancia torpe, y los generales, de una imbecilidad senil.

Al llegar la noticia de la derrota, se desata el pánico en Lisboa y se produce una crisis financiera; quiebran casi todos los bancos, a pesar de haber decretado el Gobierno la suspensión de pagos.

Se hace un llamamiento a la nación, pero no hay ni arsenales para fabricar armas ni dinero. El país, acordándose como siempre de Brasil, le pide fondos; estos llegan, se consigue traer armas de América, pero el buque que las transporta cae en poder de un acorazado español.

El Gobierno pierde la cabeza. Los partidos radicales hacen una revolución en Lisboa y proclaman la junta provisional. Es la revolución, y el rey huye, de noche, de Cascaes.

Lisboa cae presa de la anarquía. La escuadra española aparece frente a Cascaes, y algunos buques acuden, por orden de la desesperada junta, a presentarle batalla. El acorazado salta por los aires y los demás barcos son echados a pique; se desmantelan los fuertes, y la escuadra española echa el ancla



La batalla del Caya

frente a Lisboa. Ante el bombardeo, la junta pide la paz. Se ceden las regiones de Tras los Montes y el Miño, además del Algarve, y el resto del país queda ocupado hasta el pago de una indemnización de guerra. Para impedir

el fomento de ideas republicanas, España reinstala en el trono al príncipe don Carlos, así como un consejo de regencia. El rey lo es de la Beira, Estremadura y Alentejo, bajo la tutela de España.